

MIGRANTES FINISECULARES, IDENTIDADES POSTNACIONALES: *LA FRONTERA DE CRISTAL* DE CARLOS FUENTES

Alberto Barahona Novoa
Carolina Sanabria

RESUMEN

En la encrucijada de las zonas fronterizas y del encuentro de los pueblos, la reflexión sobre la identidad nacional florece en forma extraordinaria. La línea limítrofe entre México y los Estados Unidos de América se yergue como hito simbólico del encuentro-desencuentro de los pueblos hispanoamericanos y angloamericanos. No obstante, gracias a la producción literaria de Carlos Fuentes, en especial en *La frontera de cristal*, ese linde se redimensiona como un espacio donde se podrían resolver los problemas identitarios latinoamericanos, si se entiende la inmigración como fenómeno de hibridación/mestizaje, que supere los desgastados conceptos de nacionalidad e identidad. Con este material, Fuentes arma su novela en nueve cuentos, en alusión a su propuesta de nuevos modelos de comprensión de las realidades y las ficciones.

Palabras clave: Literatura latinoamericana, Carlos Fuentes, *La frontera de cristal*, identidad latinoamericana, migración.

ABSTRACT

At the crossroads of bordering areas and meeting points of diverse peoples, reflections on national identity bloom magnificently. The Mexico-U.S. borderline arises as a symbolic landmark of the Hispanic-American/Anglo-American "encounter and dis-encounter." However, thanks to the literary production of Carlos Fuentes, particularly in *La frontera de cristal*, such a border is rearranged into a space to solve Latin American identity issues, if migration is understood as a hybridization/crossbreeding phenomenon that prevails over and above the concepts of nationality and identity. With this material, Fuentes pulls together a nine-story novel, alluding to his own proposal of new models to understand reality and fiction.

Key words: Latin American literature, Carlos Fuentes, *La frontera de cristal*, Latin American identity, migration.

Alberto Barahona Novoa. Profesor asociado de la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura de la Universidad de Costa Rica. Máster en Lingüística por la Universidad de Costa Rica.

Correo electrónico: abanovoa@yahoo.com

Carolina Sanabria. Profesora catedrática de la Escuela de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica. Doctora en Comunicación Audiovisual por la Universitat Autònoma de Barcelona.

Correo electrónico: csanabriacr@yahoo.com

Recepción: 30-1-2009

Aceptación: 19-3-2009

¿Puedo hablar a nombre de todo este trasiego sin fin
de una humanidad errada y errante, fugitiva y fugaz,
incapaz de quedarse quieta porque cree
que la inmovilidad es lo contrario a la libertad?

Carlos Fuentes
Todas las familias felices

0. Preámbulo

Ahora que un fenómeno tan vetusto como los mismos orígenes del hombre, la inmigración, adquiere carácter prioritario en las preocupaciones de los principales países que controlan el rumbo del orbe –alcanzando incluso la categoría de *problema* dentro de las políticas que se discuten en agendas hegemónicas como la estadounidense (que hasta 2001 estuvo centrada en los temas del comercio y narcotráfico) (Hernández Milián y Lizano Picado 2008: 47) y las macrocomunitarias, como dan cuenta las recientes políticas que ha venido aplicando la Unión Europea–, conviene retomar uno de los textos narrativos del escritor mexicano Carlos Fuentes, *La frontera de cristal* (1995), en el que recrea las complejas derivaciones entre dos culturas limítrofes que históricamente se han perfilado bajo relaciones de rivalidad.

Esta novela en nueve cuentos, como el mismo autor la subtitula, mantiene, transcurridos más de diez años de su publicación, una inusitada vigencia que proviene en buena medida de constituirse en el inevitable escenario del controversial proyecto de construcción de la muralla divisoria entre el territorio de México y el de los Estados Unidos, en tanto forma parte del interés de las políticas conservadoras que durante los años de la administración Bush dominaron la potencia hegemónica. El siguiente ensayo pretende actualizar una lectura que se mueve entre dos aguas: lo político y lo literario, donde Carlos Fuentes recupera, matizando las polaridades, la condición del sujeto trashumante en un entorno hostil, dificultoso pero que al mismo tiempo le permite asistir a su reivindicación.

1. Los ¿nuevos? éxodos

No se suele tener conciencia, hasta bien desarrollado cierto nivel de reflexión, de que la identidad personal está ligada, en sus construcciones culturales, con la del concepto de territorialidad. No obstante, la adscripción a un país o región responde a un fenómeno meramente coyuntural –por no decir azaroso– del que dan fe lo que los medios masivos, erigidos en los nuevos defensores de los fundamentalismos, se empeñan en deshistorizar y hasta demonizar: las migraciones. Es entonces cuando se impone el lugar común de que los ostracismos de grupos sociales han venido instaurando una constante en la historia de todos los pueblos, que han necesitado de cruces y trashumancias para su supervivencia aun cuando ésta haya de pasar por una necesaria evolución –reafirmado por la máxima darwiniana de que la reproducción entre los miembros de una misma familia degenera la especie, espléndidamente alegorizado, por lo demás, dentro la esfera de lo literario, en la más requerida de todas las obras de García Márquez–. El fenómeno no puede dejar de verse inmerso en un contexto donde revolución tecnológica, vinculada indisolublemente con lo que se conoce como globalización, traería consigo, dentro de sus más visibles impactos, una comunicación más veloz y con mayores canales. La información no es la única que se replantea como instantánea: en ese

espectro de movilidad habría de considerarse también el flujo de cuerpos que, aun a pesar de la dificultad de medios –o quizá precisamente por ello– hace de su tránsito de menor dificultad material que en épocas anteriores. Como afirma Todorov, “[u]na de las consecuencias de este cambio es que las poblaciones del planeta se relacionan mucho más entre sí. Las palabras y las imágenes permiten a los unos conocer a los otros, los productos circulan por todo el mundo e incluso las personas se desplazan más que nunca” (2008: 13).

En la consideración general de cualquier acto migracional hay que partir de un concepto indisoluble a aquello que se pretende traspasar: la frontera. Inicialmente es preciso reconocer su naturaleza arbitraria, incluso la de las llamadas ‘naturales’, en las que un río, un desierto o un peñasco se convierten en puntos terminales de tensiones sociopolíticas. La existencia de un accidente geográfico no debe constituirse en un argumento ingenuo de separación poblacional. La acepción general que se les ha, pues, conferido es la de límite, la de impedimento de traspaso, en ocasiones so pena de riesgo de muerte, animada la mayor de las veces por intenciones políticas que se mantienen largamente y que no siempre llegan a culminar en resolución, feliz o no. La geografía está colmada de casos a lo largo del orbe: el Sahara entre Marruecos y parte de la zona más depauperada de África; el Peñón de Gibraltar, relegado bastión colonial inglés en España; el Everest entre India y Nepal que recibe nombres distintos según lo prescriba la región, lo mismo que el río de Norteamérica que también parece trasladar el conflicto político a una nominación a cual más recíprocamente amenazante: Grande y Bravo.

Previo al desarrollo de las vías de comunicación, estas fronteras llamadas naturales impusieron, en su momento, unos obstáculos de acceso, pero el avance industrial acarreado por el desarrollo y expansión de las comunicaciones en el siglo XIX permitió que fueran superados en principio por una minoría con un nivel solvente de capacidad adquisitiva –y que con posterioridad se ha venido desplegando bajo la forma elitista de circuitos turísticos¹. Pero la democratización habría de alcanzar también a estos dispositivos de comunicación, de modo tal que con la llegada del nuevo milenio se ha asistido a un nuevo giro, en el que sujetos oriundos de ciertas áreas, en particular las azotadas por desastres naturales y/o por situaciones de pobreza irresoluble², han emprendido, tras un prolongado periplo de zozobras materiales y replanteamientos afectivos: “¿No es característico de nuestra época”, se pregunta Maalouf, “haber convertido a todos los seres humanos, de algún modo, en migrantes y [por consiguiente] minoritarios?” (1999: 51). En general las acometidas masivas son mayormente pacíficas a zonas remotas que ofrecen un abanico más amplio de posibilidades y sobre todo de esperanzas de sostenimiento ya que “[j]unto con el aumento del desempleo y de informalidad, la migración ha operado como un mecanismo de ajuste del mercado laboral” (Hernández Milián y Lizano Picado 2008: 58).

El éxodo sigue siempre una ruta marcada, predelimitada; los nuevos destinos se cifran ineluctablemente en el idealizado (e ideologizado) *Primer Mundo*, dentro de lo que descuellan efectos como la globalización de las economías y la consiguiente transnacionalización de los capitales, sin dejar de lado un considerable aumento de la densidad poblacional de los lugares de acogida³ y el replanteamiento de las políticas de seguridad en los países de acogida –hacia los cuales el migrante sostiene ambiguos sentimientos, porque si bien espera hallar allí una vida mejor para sí mismo y los suyos, “teme verse rechazado, humillado, está muy pendiente de toda actitud que denote desprecio, ironía o compasión” (Maalouf 1999: 52-53)–.

En el caso latinoamericano, no queda lugar a dudas de que la cercanía geográfica con el poderoso país del norte ejerza un impacto directo en las relaciones entre ambas zonas:

“Desde que Estados Unidos paulatinamente reemplazó otras potencias hegemónicas como factor de poder dominante en el hemisferio, el peso de su influencia ha sido determinante” (Hernández Milián y Lizano Picado 2008: 18). Podría en definitiva confirmarse que si algo caracteriza el panorama mundial es una nueva modalidad de inmigración: la laboral, movilizadora por las reconfiguraciones de concentración de capital y los movimientos de los flujos económicos.

En efecto, en casos como el de las sociedades latinoamericanas contemporáneas, el desplazamiento masivo se configura como uno de los pivotes centrales de la nueva articulación dentro de los procesos recientes de transnacionalización del capital (Hernández Milián y Lizano Picado 2008: 40). Si bien tanto Estados Unidos como el resto del continente han tenido en común el haber sido receptores de diversos flujos de inmigrantes desde el siglo XVI, “la migración no fue un problema que comprometiera la seguridad de sus fronteras ni de las sociedades nacionales” (Hernández Milián y Lizano Picado 2008: 45). Empero, el tráfico hacia el norte se intensifica en el siglo XX: ya Michael Dear recreaba, en un puntual escenario de principios de siglo (1917), los escollos en la travesía de Ciudad Juárez a El Paso (2007: s. p.), pero casi un siglo después, éstos se han modificado –acentuado, recrudescido– como resultado más que de una política que proteja la seguridad, de una aguda desigualdad económica.

Sin embargo, una vez atravesada la frontera física, se asoma otra mucho más difícil de vadear: la humana.

Existen resistencias para aceptar que el miedo al otro es la viga que sostiene la instauración de las fronteras: si los antiguos griegos denominaban βάρβαρος a los extranjeros, esto es, a los que no hablaban su lengua (la balbuceaban: ‘bar-bar’, con lo que el término funge como construcción onomatopéyica) (Rodrigo Alsina 1999: 118), ni formaban parte de su misma cultura; esa barbarie resulta hoy susceptible de extrapolación a quienes más bien la aplican como parte de la incomprensión y de la intolerancia que produce igual desconocimiento e infravaloración.

Se está ante la misma premisa que sustenta la creación de los estereotipos, prejuicios y chistes pseudoingenuos –y en ocasiones incontestablemente más infames– pero que al mismo tiempo justifica situaciones históricas de exclusión, marginación y hasta de holocaustos. Es la llamada *frontera humana* que en su ensayo sobre el texto en cuestión distingue Arentsen (2005), indisoluble muchas veces de *la territorial*, de casi 3.500 kilómetros para el caso de México-Estados Unidos, empero ambas exigen de igual manera un dejar fuera. En efecto: todos los cuentos de *La frontera de cristal* se componen de exclusiones, en distintas índoles y escenarios.

Bajo esta tesis resulta interesante “La pena” en tanto alude a una particular coyuntura de exclusión que, remitiéndose a estas dos categorizaciones de Arentsen, cobra triple dimensión –y consiguientemente autorrechazo– en el protagonista, pues el estudiante Juan Zamora se concibe a sí mismo en condición de inferioridad (de ahí, en parte, su pena personal) por razones de tipo económico (es pobre en México), nacional (es mexicano en Estados Unidos) y sexual (es homosexual en un entorno que aunque más abierto y liberal no deja de ser homofóbico). Ni siquiera en un espacio ajeno a su medio originario tiene la posibilidad de acceder a una confirmación auténtica de su condición humana⁴ –lo que lo mantiene anclado siempre bajo la contención individual–.

Esta situación de marginación y exclusión se presenta aun más trágica en “La apuesta”. A nivel temático es el relato aparentemente más desencajado de la totalidad de los cuentos y del mismo contexto por abordarse desde una óptica que, en principio, supera las nuevas oleadas migracionales México-Estados Unidos a partir de la Guerra Fría. Como se sabe, cinco siglos

antes había tenido lugar una situación similar de choque con la Península Ibérica. Hasta cierto punto, el mismo cuento lo reproduce en la confrontación dialéctica en una primera conversación entre Encarna y Leandro al respecto de la contemplación de una obra de Diego Rivera, desde una técnica literaria que se interesa por una recuperación de la sólida tradición muralista de un país en la escenificación de la historia de desencuentros de las sangrientas relaciones entre España y México durante la conquista y colonización. A partir de esta exposición pictórica, los personajes dan voz a fuerzas sociales contrastadas y extensivas al conflicto histórico entre dos culturas monumentales cuyas heridas aún no dejan de ser dolorosas. Pero al mismo tiempo el relato sigue una estructura muy semejante a la intercalación de una historia con otra: este procedimiento, en el lenguaje fílmico, es por cierto conocido como *montaje paralelo* y se emplea con el fin de intensificar las emociones del, en este caso, lector. El espacio con el que se entremezcla la trama corresponde a un innominado pueblo gallego, donde Paquito, un muchacho con retraso físico, inocente e inofensivo, es víctima, en una tónica creciente, de segregación, improperios y palizas que finalmente desembocan –a la usanza extremista musulmana– en un remedo de lapidación. A partir de una marginación que surge ante la imposibilidad de la integración/identificación del personaje en el grupo social (Arentsen 2005) a pesar –o quizá precisamente a causa– de una candidez que los otros no tienen las condiciones ni la sensibilidad de apreciar, Paquito queda inscrito –proscrito– como un ser diferente que se imagina feliz sólo por el hecho de sentir el brillo del sol en sus uñas y en sus pocos dientes. Y al grupo esa felicidad le disgusta. El problema es precisamente ése: que el malestar, cuando se extrema bajo formas como la del fanatismo, actúa como una bola de nieve que se agiganta en su descenso; la violencia de los actos, propone Fuentes, se cobra con más violencia, aun a costa de otros personajes –Encarna, Leandro–, cuya coincidencia viene a ser tan fortuita y tan ingrata como los hechos mismos que acaban igualmente con la vida de Paquito.

2. Las industrias-mampara

Las nuevas articulaciones migratorias, en particular latinoamericanas, han venido a poner en escena lo que se conoce como transnacionalización de los capitales. En este panorama, los flujos inmigrantes se conforman como oferta de mano de obra que responde a la ampliación de un mercado que emerge con “la creación de formas de acumulación de capital de alcance global” (Hernández Milián y Lizano Picado 2008: 41). Amén de sus razones económicas, estas oleadas implican una reconfiguración a lo interno de las sociedades.

En la novela, el secretario de Trabajo Robert Reich admite: “Yo estoy a favor de todo lo que añade valor a la economía norteamericana [...] Sólo así vamos a añadir valor a la economía del mundo” (Fuentes 1997: 189). Este presupuesto de corte neoliberal se traduce en la vieja pero siempre vigente –y sobre todo nunca verificada– teoría del goteo (*trickle down effect*), según la cual el crecimiento de una región económica conlleva un proceso necesario semejante al goteo que se vierte de los niveles superiores hacia las capas inferiores de producción⁵ porque genera efectos que gradualmente se traducen en mayor empleo, salarios más altos y, por lo tanto, mejores ingresos e incremento del consumo. Es así como el narrador incorpora una actividad productiva que genera una gran fuerza laboral la cual en las últimas décadas ha dominado las economías de los países latinoamericanos que, por su parte, se presenta como solución a las causas fundamentales de la inmigración mexicana: la maquila –la cual se potencia a partir de la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio con Canadá y México (TLCAN),

firmado en diciembre de 1992 y en vigencia desde el 1 de enero de 1994—. “Actualmente, la zona fronteriza de ambas naciones está entre las regiones de mayor crecimiento en uno y otro países [sic]”, apunta Michael Dear (2007: s.p.)⁶. A diferencia de las rancherías del desierto y la montaña, donde era imposible hallar alguna en Oaxaca o Chiapas ni tampoco en el mismo Distrito Federal, en Ciudad Juárez pululan por doquier, y si bien el salario era diez veces menor en relación con los Estados Unidos, resulta diez veces mayor que en el resto del país (1997: 136). Un poco más adelante, la ficción adquiere un tono de narración documental que complementa esta información con datos numéricos⁷ sobre la evolución cuantitativa de la industria maquilera instalada en la zona:

Había cero, exactamente cero maquilas en la frontera en 1965 con Díaz Ordaz, diez mil en el 72 con Echeverría, treinta y cinco mil en el 82 con López Portillo, ciento veinte mil en el 88 con De la Madrid, ciento treinta y cinco mil ahora en el 94 con Salinas, y generando doscientos mil empleos conexos. –Se puede medir el progreso del país por el progreso de las maquiladoras –comentó satisfecho el señor Barroso (1997: 144).

La expansión industrial se enmarca en políticas por medio de las que inversionistas entre ambos países intentan impulsar las economías periféricas en franco deterioro. No obstante, la industria de la maquila se revela sólo como una mampara de compromisos socialmente ejemplares (la activación económica de una región depauperada) que, en realidad, oculta sus auténticos móviles: el verdadero negocio está en la especulación territorial tendiente a una fluctuación de precios en beneficio de los mismos empresarios. Este tipo de desarrollo económico, a su vez, constituye un espejismo de progreso en tanto sus utilidades son efímeras o ficticias en la medida en que responden a las necesidades de los empresarios y no de los trabajadores. Los sistemas productivos se gestionan bajo la consigna de la economía de mercado: la obligada transitoriedad que se impone mientras exista una demanda de servicios y productos. Sus operaciones no se anclan en las prácticas económicas heredadas consuetudinariamente de generación en generación, desligadas de la satisfacción en provecho de los habitantes de una zona.

Ted: el verdadero negocio no son las maquilas. Es la especulación urbana. El sitio de las fábricas. Los fraccionamientos. Los parques industriales. ¿Viste mi casa en Campazas? Se ríen de ella. La llaman Disneylandia. El que se ríe soy yo. Esos terrenos los compré a cinco centavos metro cuadrado. Ahora valen mil dólares metro cuadrado. Allí está el negocio [...] Lo que nos conviene es crear otro polo al mero oeste de esta fábrica. Lo que nos conviene es comprar los terrenos de la colonia Bellavista. Son un andurrial, puras chozas de mierda. En cinco años, valdrán mil veces más (Fuentes 1997: 146).

Es posible, por tanto, deslindar causas internas y externas de esta situación: del primer tipo cabe mencionar los intereses hegemónicos y personalistas de clanes como el de Leonardo Barroso. Entre los factores externos figura la explotación petrolífera en manos de las empresas transnacionales cuyo auge en México data de fines de los setenta y principios de los ochenta (lo cual constituye parte de la pena, esta vez colectiva, de Juan Zamora), la especulación urbanística o proyectos como *holdings* del tipo de la contratación de servicios de limpieza de cristales de edificios, que es el caso de Lisandro Chávez en Nueva York y hasta la industria maquilera del mismo Barroso asentada en la frontera.

3. Todos venimos de otra parte

Como fenómeno masivo contemporáneo, los inmigrantes tienen la particularidad, por lo demás, de suscitar la emergencia de una nueva categoría ubicada en lo que vendría a constituirse en el peldaño más bajo de la escala social de la adscripción a una ciudadanía –ampliada a las dimensiones políticas, sociales y civiles (Marshall en Yúdice 2002: 204)– que se perfila inserta en un contexto marcadamente neoliberal o de mercado⁸.

Las sociedades actuales han superado distinciones tradicionales como la de tipo económico que se estructura a partir de escalas de ingresos gananciales que generan otras clasificaciones entre pobres y ricos⁹. El presente panorama mundial se configura desde otras fórmulas más complejas o mejor, menos simplificadas que la llana acumulación de ingresos y da paso a categorizaciones como la determinada precisamente por la adscripción de origen, de donde, en el marco de las ciudades adscritas a países con elevado índice de desarrollo, afloran distinciones entre nacionales e inmigrantes: los primeros de situación privilegiada, con acceso a fuentes de trabajo de relativa remuneración económica pero cuya estabilidad les permite disponer de los subsecuentes servicios sociales –educación, medicina– y derechos de participación ciudadana dada por su situación laboral y civil¹⁰.

Se trata, pues, de condiciones sociales no necesariamente adquiridas de manera instantánea por los desplazados; de hecho, una categorización más detenida en ellos habría de reconocer dos matices que permitirían proponer una subsiguiente tipificación que expone la complejidad estructural de la población inmigrante: la de trabajadores legales –con contrato laboral, en algunas ocasiones temporalmente limitado a un plazo fijo (lo que se traduce en un acuerdo expreso de no establecer arraigos y/o afectos en el país de acogida)–. En el relato homónimo, Fuentes plantea una situación de esa índole: un empobrecido Lisandro Chávez –cuyo padre había perdido la empresa familiar de refrescos al no soportar en 1994 las consecuencias económicas de la crisis (el llamado *efecto tequila*)– es parte de esta oleada trashumante contratada por el empresario mexicano Leonardo Barroso¹¹ para labores (debidamente contempladas dentro del marco de la legalidad) de limpieza urbana durante los fines de semana en el promisorio vecino del norte. Esta modalidad de trabajo –una suerte de actualización al estilo del *Programa bracero* que impulsó la política estadounidense entre 1942 y 1964 para la recuperación local de la actividad agrícola, pero en el nuevo contexto trasladada al espacio urbano– constituye parte de unas economías que han sabido inscribir, en el marco de la legalidad, los incontenibles flujos migratorios. Dado que las políticas finiseculares aplican un control cada vez más riguroso en las aduanas, éste adquiere nuevas formas de materializar un desplazamiento que paradójicamente no termina de llevarse a cabo: dicho de otro modo, una inmigración sin inmigración¹², donde trabajadores como el mismo Lisandro ven cerrárseles más aun sus perspectivas de encontrar arraigo en cualquiera de los dos espacios.

Pero estos trabajadores legalmente contratados y acogidos –siempre y cuando, eso sí, se trate de una estancia temporal¹³– coexisten con otra tipología laboral que la realidad no deja sin consignar: los ilegales o ‘sin papeles’ –equivalentes, por la desposesión de documentos civiles que les dificultan la inserción prescrita en el mercado laboral, a una suerte de *nuevos parias sociales*–¹⁴. Sin embargo, hay variaciones que marcan distinciones en el ámbito de la ilegalidad migrante si se consideran variables como las de procedencias. Parafraseando el texto, no es lo mismo ser inmigrante europeo –que se organiza en sindicatos y huelgas– que mexicano –que se agacha, que calla–.

El pueblo de Benito Ayala, como tantos otros que no son exclusividad de la ficción narrativa de Fuentes, asienta su economía en el envío de trabajadores a los Estados Unidos y sus remesas familiares, “el principal y puede que el único ingreso del pueblo [...] eran hospital, seguro social, pensión, maternidad, todo junto” (Fuentes 1997: 245), constituyéndose en un procedimiento de reemplazo de las responsabilidades del Estado. Más ampliamente, podría decirse que México y en general parte significativa de los países latinoamericanos conforman su población inmigrante de trabajadores en condición de legalidad o no, cuyas

remesas “se han constituido en un fondo salarial transnacional, convertido en un mecanismo clave para la estabilidad macroeconómica, para el fomento de inversiones de pequeña y mediana escala, para el alivio de la pobreza y como un mecanismo de sustitución del decreciente gasto público social” (Hernández Milián y Lizano Picado 2008: 43).

En realidad, el antecedente inmediato habría que precisarlo con el mencionado *Programa Bracero*, que no participó de la ilegalidad de la época, pues contaba con la autorización de las instancias respectivas de aduana. “[S]e inició con el propósito de solventar una demanda de trabajadores en tiempos de guerra [...]. En un principio, este programa lo impuso durante la guerra el gobierno estadounidense con el fin de garantizar el abasto de mano de obra para los agricultores” (Smith 2000: 293). Su implementación, de acuerdo con Robert Smith, supuso el factor de mayor peso para el incremento de la emigración de mano de obra a Estados Unidos (se contrataron aproximadamente 4,6 millones de trabajadores mexicanos) para resolver la demanda laboral, aunque lograron extenderlo hasta principios de los sesenta. Este programa sentó las bases de la infraestructura social para los futuros migrantes indocumentados (Smith 2000: 293) a la vez que un aporte importante a las economías originarias, lo cual ha producido la gestación de una economía transnacional¹⁵; pese a ello, la contemporaneidad pinta otro paisaje de sobra conocido, en el que los diarios se copan con noticias sobre el endurecimiento de las políticas de acogida a los migrantes de carácter ilegal, como da cuenta el reforzamiento de la defensa en la zona fronteriza en la novela: “Allí estaban, provocándolo indecentemente, agrupados del lado mexicano, enseñando los brazos abiertos en cruz, cerrando los puños, diciéndole a la otra orilla: Ustedes nos necesitan. Venimos a la frontera porque sin nosotros sus cosechas se pudren, no hay quien las recoja, no hay quien atienda hospitales, cuide niños, sirva en restaurantes, si nosotros no les prestamos nuestros brazos” (Fuentes 1997: 255). A este tipo de sujetos, por el contrario que a los *braceros*, se les conoce como *mojados* –puesto que el Río Grande y Bravo es el punto habitual, no sólo, ya se ve, de separación, sino de acceso, de puente– y la ficción narrativa lleva a que bajo la forma de personajes, recurran a argucias, como en la novela, del tipo de parentescos inexistentes pero al fin de cuentas eficaces si se topan un bondadoso patrullero con el que se establezca el flujo de “una corriente de cariño, identificación, machismo, confianza y hasta confidencia” (Fuentes 1997: 270) que puede culminar en un abrazo de despedida. No obstante, la comprensión y sensibilidad no la garantiza necesariamente el compartir una vivencia migracional como lo demuestra la contrapartida de Mario Islas: el otro guarda fronterizo, Dan Polonsky, quien personaliza el ejercicio de la discriminación a la inversa, la cual no conoce límites de quienes también acumulan a su haber una historia y unos orígenes igualmente tan marginados como los del sur del orbe: los del este.

Una mención rápida, pero no por ello menos improcedente, se asoma en el relato “Las amigas” al respecto de los paisanos que imputan ante la policía con testimonios falsos a Luis María Pérez, porque inconfesada y tal vez inconscientemente buscan sobrevivir a costa del perjuicio del que llega después, a quien ven como espejo (execrable en tanto les recuerda su propia condición) y/o como amenaza (eventual competencia laboral, de alcance de espacios), cuya situación de desventaja se acrecienta aun más cuando se trata de un sujeto, tal es el caso, que ni siquiera maneja la lengua del lugar de acogida. Así pues, la exclusión de los otros –en principio no necesariamente diferentes¹⁶– acontece también a lo interno de los propios márgenes de la misma comunidad migrante, esa que se constituye a partir de los que *van llegando después*, aun cuando haya una nacionalidad, una historia, un origen compartidos¹⁷, como sucede con Luis María: la naturaleza humana parece tender a la imposición y la exclusión

del que se percibe como vulnerable, débil, independientemente de que la proveniencia nacional sea la misma que la de sus acusadores. La sensación de pertenencia a partir del orden sucesorio de llegada tiene mayor peso que la de un origen, una lengua, una historia comunes.

La idea básica –que Fuentes desarrollará posteriormente en *Todas las familias felices* (2006), su última colección de relatos– es que todas las sociedades se han constituido como migrantes. Uno de esos relatos, el bellísimo “Madre dolorosa”, el de mayor continuidad con *La frontera de cristal*, condensa precisamente esta idea en la voz de la madre que mantiene correspondencia con el asesino de su hija mientras espera el cumplimiento de la pena de muerte: “Todos venimos de otra parte. Todos dejamos el sillón de Pascal y nos dejamos llevar por el gran magnetismo del mundo. Imagino a ese hombre al que nunca he de ver en persona y veo a un peregrino oscuro cuyos antepasados llegaron a la tierra donde los dioses tienen sus montañas, emigró a Oaxaca y terminó en California” (Fuentes 2006: 133). Al venir entonces todos –incluso los mal llamados indios– de otra parte, al formar todos parte de una cadena de descendencias cuyo origen se diluye, lo mismo que su sentido, en el camino, queda desestructurada toda prerrogativa de la posesión territorial.

De cualquier modo, la trashumancia parece diluirse conforme la sociedad se establece y se arraiga, pero queda el orden de arribo, que es lo que determina el sentimiento de pertenencia y la subsecuente marginación de los otros recién llegados. Los considerados primeros, en el siglo XVII, los colonos ingleses. Con posterioridad, acaecieron oleadas sucesivas de otras proveniencias, de Irlanda, de Italia, de China, de África..., de donde tiene lugar la tesis asimilacionista del *melting pot* como forma de categorizar a los Estados Unidos en tanto un bucólico crisol de nacionalidades. El planteamiento, esbozado en los años 20 del siglo pasado por Robert Park y W. Thomas de la Universidad de California, giraba en torno a la idea de que los nuevos ciudadanos terminarían por asimilarse a la sociedad de acogida, en la que finalmente se elaboraría una mezcla perfecta y homogénea a modo de *puré* o *potaje cultural*. Como afirma Maalouf, “para los Estados Unidos, reconocer que su identidad está integrada por pertenencias múltiples no plantea en principio ningún problema, pues el país se formó mediante las aportaciones de inmigrantes llegados de todos los continentes. Pero no todos esos inmigrantes llegaron en las mismas condiciones” (1999: 193). Por eso, este proceso se maneja bajo términos unilaterales, de asimilación del inmigrante a una sociedad receptora (Hernández Milián y Lizano Picado 2008: 72), la cual a su vez se propone, por tanto, hegemónica, legitimadora.

Estas oleadas masivas, en busca de mejoría básicamente económica –traducida poco más tarde en voracidad territorial–, vinieron a poblar lo que hoy se ha dado en llamar Estados Unidos, la gran nación con todo excepto nombre (y tradición culinaria). Pero con amnesia, dirá Fuentes en “El despojo”¹⁸ y también en otras partes. Algunas formas culturales se han venido organizando alrededor de guetos, como suele en no pocas ocasiones suceder –alrededor de núcleos comunes: comidas, hablas, músicas, tradiciones populares–, lo cual no implica una forzosa ausencia de conflicto; por el contrario, es motivo para el establecimiento de nuevas jerarquías a las ya existentes –étnicas¹⁹– en la interacción inicial con los otros –de donde surge “[u]na de las similitudes más relevantes en la constitución del sí mismo y de las identidades nacionales [...] [:] que ambas son representadas a través de la acentuación de diferencias con el ‘otro’” (Sandoval 2006: 13)–. Hay varios puntos en cuestión que se deslindan del choque cultural: por un lado, una lucha –de reminiscencias biológicas– por el territorio, o mejor, por su control (que se elabora bajo formas sociales como derechos de ciudadanía), ejercido por los que *habrían llegado primero*²⁰ y bajo otras condiciones (como las económicas) distintas. Por otro lado, hay una concepción de

esos otros como amenazantes (a los *valores y tradiciones* del grupo dominante)²¹: es así como se explica el disgusto de Miss Amy tras fisgar desde su ventana a su mucama Josefina y asumir el ambiente festivo como una suerte de agresión personal: fuere con los niños que zurren las piñatas, fuere con las ruidosas trompetas, fuere con la cercanía física de los mexicanos que tanto contraviene a su práctica religiosa y personal.

En los límites de una condición de exclusión y escisión referida al entorno probablemente más doloroso –el familiar– vendría a figurar Emiliano Barroso, el pariente pobre, el hermano descastado de Leonardo. Su condición de abandono familiar en la frontera remarca una marginalidad que se maneja en varios términos: la del viejo que resulta un estorbo a su propia parentela, la del revolucionario de ideas trasnochadas y la del inmigrado delante de una raya que se burla de él. Esa línea que divide el sur y el norte, el abajo y el arriba, la pobreza y el progreso ha sido motivo de elaboraciones estilísticas cuya iconografía nacionalista remite como paradigma inevitable a Frida Kahlo²². Dentro de algunos otros lienzos suyos con temática análoga, el *Autorretrato entre la frontera de México y Estados Unidos* (1932)²³ se articula sobre una polaridad más marcada que la de Fuentes –disyuntiva, nacional(ista)– que escasos años antes hubiera prefigurado el modernismo latinoamericano. Como Frida, Emiliano es, sin lugar a dudas, uno de los personajes más claros en el límite de esta tensión entre las dos grandes naciones, con ideologías que la narrativa latinoamericana ha opuesto pero Carlos Fuentes interpreta, a la luz de los nuevos movimientos mundiales, como complementarias, necesarias, irremediables.

Sin embargo, otros relatos contienen elementos que infunden reminiscencias históricas, como Marina que, cual Malintzin traidora a los suyos, es, en las postrimerías del siglo XX, una empleada de la maquila que trabaja para el otro dominador y/o extranjero. En este sentido, la novela actualiza los arquetipos personificados que han simbolizado el enfrentamiento entre el orden autóctono y el foráneo, es decir, las imágenes que han encarnado el entorno americano –como lugar de explotación– y la potencia extranjera que se apresta a sacar provecho de las riquezas locales, humanas y naturales. Marina revitaliza a la Malintzin de la Conquista, los capataces de la maquila a las huestes conquistadoras y Leonardo Barroso –incluyendo hipocóriticos en su trato con los socios usamericanos–, a los pueblos prehispánicos que secundaron la derrota del imperio azteca²⁴.

4. La muerte y la música

Por cierto que la justicia poética de la novela lleva a que el oportunismo personal de Leonardo Barroso encuentre su final en la ejecución a manos del pobre diablo Rolando Rozas y otros involucrados en su negocio alterno –el narcotráfico–. Este componente argumental viene a constituirse en parte de la crítica sobre el comercio de la droga en tanto un elemento más de la cadena de producción básica que forma parte de la lógica de mercado: simplemente existe oferta porque hay demanda. A partir de las últimas décadas, no viene siendo inusual escuchar, en parte significativa de los medios, los nombres de capos y de cárteles colombianos o mexicanos innumerablemente coreados hasta alcances de notoriedad mundial, lo cual no sucede, de manera paradójica, con sus acólitos usamericanos, casi como si hubiera consenso unánime y tácito en aceptar la ausencia de uno de los agentes (terminales) del circuito de mercado; dicho de otro modo, como si la ilegalidad se focalizara sólo en la venta y no en la compra, en la producción y no en el consumo.

En cuestiones de narcotráfico sólo hay latinoamericanos culpables, señor Barroso, mexicanos, colombianos, nunca norteamericanos; ése es el eje del sistema, en los EE UU no puede haber un solo narcobarón como Escobar o Caro Quintero, los culpables son los que ofrecen, no los que piden, en los EE UU no hay jueces corruptos, ése es monopolio de ustedes, aquí no hay pistas de aterrizaje clandestinas, aquí no se lava dinero, señor Barroso (1997: 291).

En la novela, el narcotráfico se presenta como un elemento inherente a un sistema económico en el que también se inscriben la explotación ilícita de las condiciones laborales de las maquilas o el contrabando de trabajadores. Reafirma generalizaciones encaminadas a una serie de representaciones infundadas de los otros, la última oleada de extranjeros amenazantes (latinoamericanos), como proclives a la ilegalidad. La actividad no surge *ex nihilo*, sino que se articula con esos procesos económicos alternos que emergen cuando la legalidad comercial es una quimera promovida por la desproporción de las partes.

La institución del narcotráfico conlleva, asimismo, una violencia inherente por cuanto entra en conflicto con el orden establecido y se relaciona con círculos de crímenes diversos, como el que ha venido siendo destacado en los últimos años en el norte de México: la localidad emblemática es Ciudad Juárez, célebre por haberse constituido como el foco donde más de doscientas mujeres, por lo general de baja extracción socioeconómica –en ponderación significativa, trabajadoras de fábricas de maquila–, han sido asesinadas en forma sistemática e impune hasta hoy sin haberse logrado esclarecer los motivos. Los hechos, que vienen repitiéndose desde 1993, se prestan para ser trabajados desde la ficción –de provocadores coqueteos con el género policial–, y su magnitud ha alcanzado dimensiones internacionales tales que dieron pie para que al chileno Roberto Bolaño, uno de los escritores latinoamericanos más reputados, apenas le alcanzara el tiempo para terminar una de las más inquietantes y monumentales obras de la literatura universal: la macronovela *2666* (2002), ambientada en la imaginaria (ya mítica) ciudad de Santa María que no es otra que la misma Ciudad Juárez.

Precisamente Ciudad Juárez ha venido adquiriendo en los últimos años notoriedad mediática, considerada la ciudad más violenta de México, junto con Tijuana, por cierto escenario –no menos sangriento– de otra serie de crímenes: los que tienen relación con el narcotráfico²⁵. Una de las ramificaciones de este tipo de violencia es la que entre 2006 y 2007 se acentuó para ensañarse con los músicos populares relacionados a la producción de *narcocorridos*, un controversial género musical surgido en los años setenta y de expansión creciente en la actualidad. Este tipo de corridos desarrollan una función equivalente a la nacionalista de los mariachis en décadas posrevolucionarias, puesto que colaboran “de una forma muy importante a generar un sentimiento de cohesión transnacional, donde los corridos ‘de migración’ juegan un papel fundamental en la vida de cientos de miles de trabajadores mexicanos que viven en Estados Unidos, para quienes este género musical es un signo inconfundible de su identidad original” (De la Garza 2005: 8). Así como los mariachis venían a cumplir una función de cohesión a nivel popular, los narcocorridos –un género surgido en el norte con temática propiamente de la zona– practican un quehacer parecido en una zona fragmentada del concepto nación.

A ese respecto, “Malintzin de las maquilas” parafrasea justamente un fragmento de la pieza “El celular” (1992), que interpretó la popular agrupación musical exponente de este género norteño, *Los Tigres del Norte*²⁶ –cuyos miembros, por lo demás, han externado públicamente su respaldo a la experiencia inmigrante–. Sin embargo, la copla no se inscribe, como suele ocurrir con buena parte del género, en la polémica tradición que narra los periplos

de los narcotraficantes parangonados como hazañas de los revolucionarios –lo que en la puesta social motiva su ilicitud y su condena política: no es de extrañar que los narcocorridos hayan pasado a ser tema de debate nacional en el Poder Legislativo del país²⁷–.

A decir verdad, la letra y la música de “El celular” no van más allá de ser una alusión crítica en tono jocoso a sus implicaciones derivadas en sujetos chulescos que Fuentes alegoriza bajo la figura de Rolando Rozas. Éste, por cierto, porta uno que, si bien le sirve para comunicarse, tiene otra función –hecho por lo demás no extraño en los inicios de esta nueva difusión tecnológica–: para *apantallar* (a las novias). Todo ello se enmarca en una coyuntura histórica donde la tecnificación, como suele proceder en los tímidos albores de toda inserción social con pretensiones de masificación, terminaría por conducir al definitivo abandono de esa exégesis. Por los años de la escritura de *La frontera de cristal*, aún escasamente previa o al menos coincidente con los inicios de la expansión tecnológica, la resignificación (Barthes) había asimilado al teléfono móvil como un signo de distinción económico-social. Se trata de un sentido posteriormente añadido que ha terminado por diluirse a raíz de la intempestiva democratización del aparato, aunque no puede decirse que haya sucedido lo mismo con el control de la privacidad del tenedor.

5. Las trampas de la nación

La situación de *nuevos parias* que genera la inmigración en lo que al fin de cuentas no es más que su propio país –su antiguo territorio– resulta de mayor elocuencia aun en el mexicano innominado –nunca por imprevisión sino como recurso alegórico– que Dionisio ‘Baco’ Rangel encuentra en la vitrina de una agencia de viajes, habida cuenta de que en el relato se habla de un acuerdo laboral, que, sin embargo, funciona más bien como mofa del migrante en tanto incide en una reproducción ideológica de tintes reaccionarios: “Un manequí representando a un mexicano típico dormía la siesta apoyado contra un nopal, protegido por su sombrero ancho, vestido de peón, con huaraches” (Fuentes 1997: 97). Esta ideologizada estampa turística de inocua apariencia –súmmum de los estereotipos– remite al tropo al que Rojas Mix se ha referido bajo los términos de una falta de espíritu de trabajo que lleva implícita la carga semántica de una pobreza como resultado de su propia responsabilidad antes que de un sistema económico internacional ni de un desequilibrio Norte-Sur (1992: 224). Esta imagen convertida en souvenir es un objeto decorativo que está destinado como recuerdo de una realidad falseada. Por otra parte, Baco Rangel asume, en otro nivel, ese carácter de representación pseudofolclórica, pues, heredero de un antiquísimo conocimiento culinario, pasa a satisfacer el esnobismo de una sociedad que paradójicamente carece de sensibilidad gastronómica, según Carlos Fuentes: “Dionisio decidió que ésta era la cruz de su existencia: predicar la buena cocina en un país incapaz de entenderla o practicarla” (1997: 68). Es decir, Baco Rangel se despersonaliza al igual que el maniquí representado como una estampa folclórica ideologizada. No hay mayores diferencias entre uno y otro. Es una trasposición dolorosa de las identidades nacionales mexicanas hacia el ámbito cultural norteamericano que las reconoce simplificada y simbólicamente. La paradoja simbólica en este caso es que Dionisio ‘Baco’ Rangel se encuentra en un país ajeno para trabajar –aunque sea en un nivel superior al de la mayor parte de los migrantes, esto es, en el desarrollo académico del conocimiento– y se enfrenta con la efigie folclórica del campesino ocioso –en su propio país, cuyo resultado de alguna manera se traduciría en el aumento de la pobreza, no solo económica–. Esta última

imagen ha tenido mayor proyección internacional e incluso ha sido asumida por los mismos mexicanos como una suerte de maldición de la Malinche, en tanto, según Todorov, la actitud de la intérprete indígena de Cortés fundamenta el fenómeno por el cual se mantiene un sentimiento de inferioridad con respecto a otra cultura (1988: 14), que por cierto en el relato “Malintzin de las maquilas” se expresa bajo las condiciones laborales de subordinación de la gran masa de trabajadores mexicanos, alegorizado en la prohibición de pisar el césped: “KEEP OFF THE GRASS” (Fuentes 1997: 150). Entender o revelar todas las circunstancias en torno a estas concepciones de la mexicanidad constituiría una desgarradora revelación de las implicaciones socioeconómicas que suponen este tipo de relaciones laborales, todo lo cual resulta muy distante de la simplista representación del *mexicanito* frente al *mojado*.

En tanto reduce al decorado, la imagen de lo que se ha reproducido como el mexicano típico invisibiliza en tanto está producida desde un sistema que por otro lado no concibe ni comprende modos alternos de vida ni de ocio, amén de que se privilegia el propio, esto es, lo conocido. Otra situación análoga sucede con el indígena que hacía las veces de mozo en casa de los Barroso a quien las invitadas de Lucila hacían desvestirse y pasearse desnudo con una bandeja en la cabeza. Joven, esbelto y bello “como un dios del desierto, no de mármol blanco sino más bien de ébano” (Fuentes 1997: 22), evoca las primeras impresiones de Colón en su *Diario de Navegación* ante ese otro novedoso, diferente, que les sirve a los patrones, que no comprende la lengua y que por tanto es reducido a objeto exótico y erótico. Estos dos personajes se configuran como estereotipos con base en percepciones generalizadas de rasgos culturales no bien comprendidos en distintas coordenadas, puesto que consisten en una sustantivación de “una supuesta característica del otro, trazando su imagen a partir de la fijación, repetición y naturalización de ciertos rasgos considerados esenciales” (Ardèvol y Muntañola 2004: 105).

Sin embargo, el recurso constante de contraponer dos tradiciones culturales antagónicas conduce a apreciaciones como las de Arentsen al respecto de que “a pesar de la lucidez de Fuentes para representar estos límites [los de la exclusión], su discurso cae en la trampa de otro tipo de juego identitario: el de la nacionalidad” (2005: 4). Para ella, el texto de Fuentes propicia una subvaloración del otro (del gringo) que no conduce más que a la creación de nuevos estereotipos. Arentsen llama la atención sobre el peligro que asoma en el discurso sobre el manejo de las identidades a nivel colectivo. Al fin de cuentas, aunque sea difícil de definir, no puede negarse que Fuentes postula un ser mexicano distinto a un ser anglosajón, de tipo más bien expansionista desde sus orígenes. Lo complejo es que en tanto escenifica el conflicto actual y patente de las relaciones migracionales, *La frontera de cristal* no puede dejar de articularse a partir del contraste de dos grandes bloques nacionales en distintos ámbitos. Así, la novela contiene niveles relacionados con manifestaciones culturales dicotómicas como la de la fe, con personajes como Josefina, practicante (aunque no ferviente) del catolicismo barroco, y Miss Amy que profesa un anglicanismo luterano, iconoclasta e intolerante. En igual medida, a nivel gastronómico, se alude a la cocina de pobre perfil del imperio del norte enarbolada en lo que el narrador llama *las catedrales del mal comer*: McDonald’s, Burger King, Taco Bell, en contraste con la alimentación mexicana, un universo en sí, donde en una sola ciudad, Puebla, es capaz de ofrecer “más de ochocientas recetas de postres, obra de la paciencia, la tradición, el amor y la sabiduría” (Fuentes 1997: 72).

Pese, entonces, a estas grandes polarizaciones a las que ambas culturas corren el riesgo de ser reducidas, Fuentes incluye eventuales matizaciones que compensan lo que Arentsen ha interpretado como una trampa (quizás inconsciente) del nacionalismo. Por ejemplo, en ese

mismo relato incorpora un personaje de mujer que se distancia del paradigma de frivolidad y superficialidad que comúnmente suele atribuírsele al género femenino y en especial al estadounidense. La situación es provocada a raíz de la reactualización socarrona de esa figura asentada en la literatura fantástica musulmana –el genio– que el imaginario popular de Occidente ha asumido y generalizado, dando como resultado una estampa ocurrente precisamente en tanto integra caracteres de tipo híbrido: la del charro-genio de la botella de salsa de chile destinado a la consecución del deseo de Dionisio: casi como una alusión al paralelismo popular entre la mujer y la comida, el cortejo femenino –que, con la presentación de cada plato, acontece frente al ilustre comensal: la anoréxica, la infantilizada, la *femme fatale*, la divorciada neurótica...– parece tener la función de representar los tipos básicos de mujeres de la sociedad usamericana²⁸. Fuentes, entonces, inserta a un tipo distinto del estándar –la “gringuita sensible, fuerte, inteligente” (1997: 98)–, por la que Dionisio se decanta aunque no por ello deja de correr también la misma suerte de las demás: se desvanece cuando acaba el plato. Distinta de la mujer-adorno, este personaje demuestra su capacidad de sostener una conversación con argumentos críticos y sólidos, cuya sensibilidad es suficiente al punto de dejar claro que ama el país vecino (como para haber adoptado a una niña mexicana enferma) con la misma fuerza que lo rechaza (“la crueldad [...], su indiferencia hacia los pobres, lo que sufren”) (Fuentes 1997: 93). Y de paso para demostrar, a los lectores acérrimos, que no todos los estadounidenses están cortados con el mismo patrón, la de la llamada *América profunda*.

En el cuento que le otorga el título a toda la obra, otro personaje femenino que contribuye a desarticular esa idea estereotípica es Audrey, la publicista solitaria y de ojos melancólicos. A diferencia de la imagen de profesionalismo, autosuficiencia y puntualidad que podrían asignárseles a quienes diligentemente acuden al trabajo un sábado en la mañana, ella en realidad lo hace para evadirse de una conflictiva relación sentimental. Pero es ella quien conduce a Lisandro a descubrirse a sí mismo en su calidad de sujeto incapaz de auto nombrarse –en la situación a la que se le apela no atina a responder con otro dato más que su nacionalidad– (Arentsen 2005: 5) porque esa barrera personal resulta más tortuosa que cualquier impedimento amurallado. Precisamente Audrey desencadena la ruptura de la disociación que se supone inherente entre unos y otros, según sea su lugar en la cadena de producción. Los sistemas neoliberales crean agrupaciones de estereotipos personales; por esta razón, su comportamiento responde a una programación del perfil ajustado a la función que deben desempeñar: en medio de una situación de grandes desventajas, el inmigrante produce riqueza para sus empleadores, los cuales están llamados a ocupar los puestos de liderazgo y aprovechamiento del producto de la mano de obra barata. El texto de Fuentes, no obstante, muestra, en diversos relatos, cómo algunos personajes abandonan su actuación predeterminada para que despunten actitudes incluso para ellos mismos irreconocibles; por ejemplo, siendo parte de la capa social estadounidense profesionalmente establecida y favorecida, Audrey logra sentir atracción por un trabajador mexicano. En sintonía semejante puede aducirse lo mismo para los inmigrantes o descendientes que ya se han instalado dentro del *stablishment* estadounidense, como Mario, el policía transfronterizo que deja escapar al indocumentado porque acaso le apele a su pasado, su familia, sus orígenes.

No obstante, también del otro lado de la frontera hay variaciones esterotípicas un tanto más sutiles que subvierten la tentación de pensar desde el paradigma cultural opuesto, por ejemplo, a las mexicanas como un grupo de mujeres sumisas, silenciosas, obedientes, características de las que no gozan las amigas de doña Lucila quienes le dificultan a Michelina

integrarse en la órbita femenina de su familia política por la adscripción social a círculos ajenos. Así deja traslucir una tensión latente el primer encuentro:

¿o qué se creían las capitalinas que nomás por ser del norte ellas eran de a tiro nacas? Brincos dieran: si la frontera estaba a un paso aquí nomás, a media hora se estaba en un Neiman-Marcus, un Saks, un Cartier, ¿de qué les presumían las capitalinas, las chilangas condenadas a vestirse en Perisur? Pero mucha discreción –doña Lucila se llevó el dedo índice a los labios– que aquí viene entrando la ahijada de Leonardo y dicen que es muy presumida, muy viajada y muy chic, como se dice, de manera que pórtense naturales pero no la ofendan (Fuentes 1997: 22).

En suma, para volver a la cuestión del nacionalismo en Fuentes, tampoco deja de ser cierto que se eluden matizaciones autocríticas, como cuando pone en boca del mismo Dionisio ‘Baco’ Rangel a decir que esas tierras de abundancia despojadas por los gringos a los mexicanos, en manos de éstos, habrían sido un gran erial (Fuentes 1997: 99)²⁹ o de otros personajes, como la voz del río en el último relato, que culmina revirtiendo la famosísima expresión porfirista, anclada en el discurso automarginal de la víctima, en otra que reza, “Pobre México, pobre Estados Unidos, tan lejos de Dios, tan cerca el uno del otro” (Fuentes 1997: 296). En estos momentos puntuales el narrador expone una criticidad y un ingenio que sobrepasan, sin duda alguna, las simpatías nacionales.

6. La recolocación de las lealtades

Cuando se habla de la arbitrariedad de las fronteras³⁰ es menester evitar la confusión con un cuestionamiento de su pertinencia, lo que quiere decir que no se trata de pretender trascenderlas o superarlas. Lo que no admite la frontera, sin embargo, son las derivaciones en nacionalismos exacerbados que presentan al otro como bárbaro, como amenaza. Pero por eso, como dice Todorov, “es tan normal que todo Estado establezca una política de control de fronteras, de atribución de visados y de proyectos internacionales como infundado presentar a los extranjeros como un problema en sí mismo y una amenaza para la identidad nacional” (2008: 122).

La arbitrariedad de la frontera trae consigo, por lo demás, un replanteamiento de las lealtades nacionales, cuyos habitantes despliegan, en ciertas ocasiones más que en otras, mayor o menor sentimiento de pertenencia. En el caso de México, la maduración de las históricas actitudes nacionalistas con continuidad cultural hasta la fecha bajo expresiones en distintos ámbitos –como culinario o musical, por ejemplo– fue potenciada en buena medida a raíz del resultado de la confrontación con los intereses expansionistas del vecino del norte. Como se sabe, la situación desembocó con la Guerra del Álamo (1846-1848) y la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo que puso fin al conflicto bélico que los había enfrentado. Su consecuencia más palpable se tradujo en la pérdida del 55% del territorio norte (correspondiente a los actuales estados de Texas, California, Arizona, Nevada, Utah, Nuevo México y algunas regiones de Wyoming y Colorado), lo cual daría pie para que el victorioso país se perfilara en una potencia continental, condición que terminaría catapultándolo, poco después, a escala mundial.

Aún hoy, sin embargo, las cicatrices no se han cerrado en ambos lados, porque habiendo transcurrido más de ciento cincuenta años después de la guerra, el conflicto sigue despertando polémica, no solo a raíz del endurecimiento, en el codiciado país del norte, de las condiciones legales de inmigración radicalizadas por causa de los ataques del 11 de setiembre de 2001 por el gobierno de entonces, sino de un polémico debate trasladado al ámbito publicitario. Fue lo que sucedió en abril de 2008 cuando la empresa de vodka *Absolut* –referente mundial en el ámbito publicitario por su singular campaña de lanzamientos gráficos– hubo de retirar

del mercado mexicano uno de los carteles de su galería en la que superponía la leyenda *In an absolut world* a un mapa vigente de 1830, en el que situaba bajo control mexicano los territorios que el país perdió en beneficio de Estados Unidos. “En un mundo Absolut” (ideal, perfecto), rezaba, y a continuación el mensaje era irrecusable: los territorios que fueron anexados por Estados Unidos volverán a ser de los mexicanos. En su momento, la vicepresidencia de comunicación de la empresa llegó a asegurar, desde su *blog*, que la intención de la compañía no era ofender a nadie ni abogar por la modificación de las fronteras entre México y Estados Unidos, así como tampoco alentar el sentimiento antiestadounidense ni intervenir en el actual debate migratorio entre ambos territorios. Amén de un oportunismo del que sabe siempre sacar provecho una buena estrategia publicitaria, la situación quedó zanjada ahí mismo con el pronunciamiento oficial de la empresa. Pero antes, habría espoleado la campaña comercial de la popular bebida de origen sueco. Con ello, la recuperación de una situación histórica conflictiva aún en vigor quedaba reducida a mera reminiscencia –planteada como idílica–, emprendida, en el nuevo contexto social, desde las tácticas del mercadeo. La alteración de los límites geográficos funda una polémica que se interpreta como una amenaza a la idea de las nacionalidades consolidadas a la luz de criterios espaciales³¹. La imagen publicitaria logró avivar las conflictivas representaciones de la nacionalidad por medio de la asignación de un espacio geográfico a una nación y sus consecuentes oposiciones entre colectividades étnicas.

En medio de este ambiente de posiciones polarizantes imaginado por artistas, narradores, poetas y hasta publicistas, tiene lugar la emergencia de un espacio intermedio relacionado con la propuesta de Michael Dear bajo el nombre de la *tercera nación* (2007). El concepto alude a una hibridación de componentes culturales –laborales, educativos, sociales, religiosos, gastronómicos, musicales, lingüísticos...– que apuntan, en última instancia, a la desterritorialización. En cualquier caso, tales elementos traicionan las fidelidades habitualmente relacionadas con la categoría de nación para dar pie a la emergencia de lo que el mismo geógrafo había discernido en otro momento bajo la categoría de *ciudades posfronterizas*, a las cuales define “como una agrupación de dos o más áreas urbanas [en variedad de escalas y asimetrías] que coexisten en una proximidad geográfica relativamente cercana y están seccionadas por una frontera internacional, aunque en la práctica funcionan como una aglomeración urbana singular e integrada” (2004: 4). Este planteamiento a partir de una serie de hibridaciones³² entrevé una superación de la idea (convertida, mejor, sublimada en ideal) de nación, la cual a su vez estuvo anclada en el proyecto modernista de la élite criolla que, al menos en América Latina, había adquirido sentido en la coyuntura particular de la construcción de las incipientes identidades. Así, la frontera mexicana se configura como espacio donde se ensayan las propuestas que podrían solventar los problemas identitarios latinoamericanos si se asume la condición migrante desde una nueva percepción de su naturaleza como híbrida o mestiza.

Así las cosas, las fronteras son en sí mismas puntos de contacto –pese a su naturaleza arbitraria–, donde la mezcla, la multiculturalidad, la poligenesia se imponen. En tal sentido, la idea de Dear recoge los postulados de Aínsa cuando afirmaba que “al mismo tiempo que protege y propicia contactos, la frontera funda nuevos espacios en sus propios límites” (2005: 147). En este contexto se inscribe la cotidianidad que vive, probablemente de modo maquinal, más bien instintivo, Margarita Barroso, que cruza y descruza todos los días la frontera para asistir de su casa en El Paso a su trabajo de supervisora en Tijuana. Ello no implica necesariamente –sobre todo para el caso de las chicas de la maquila que también

gozan de libre circulación a través del cruce por el puente internacional— una declinación por los ocios típicos de allende, como da cuenta su entusiasmo —con las concesiones a la indisciplina que ellas sí se permiten— por el espectáculo masculino de los *Chippendale Boys*.

Claro que sin duda mayor grado de conciencia es el del motero José Francisco, que lo lleva directamente al descubrimiento de la carencia de una nacionalidad fija, estable —la de no sentirse mexicano en México ni gringo en Estados Unidos³³—. Ante esta realidad, Dear introduce el concepto de *postnacionalidad*, que comporta una conciliación de elementos tradicionalmente encontrados, una superación de la idea (y de la identidad) nacional en un contexto donde el devenir de los acontecimientos (tecnologías y medios de comunicación, dificultades económicas) han impulsado la trashumancia masiva característica de la era de la globalización. Este panorama finalmente replantea la vigencia de distinciones consagradas en el imaginario colectivo, como hace constar, de forma un tanto tímida, el texto de Fuentes con la convivencia y el traslado cotidiano —no como un evento excepcional, que no lo es— en algunos personajes (las maquileras, Leonardo y Michelina, Lucila y sus amigas) que llevan sus vidas (trabajo, consumo, sexo) a uno y otro lado de la frontera. Se estaría, con ello, superando la imagen de Emiliano Barroso desde lo que Alfonso González enmarca como “la alegoría del mexicano o hispanoamericano que vive una existencia dual, dividida por una raya que separa dos culturas, dos lenguas” (1999: 17): en esa zona común, fronteriza, *aún por consolidar*, se desdibujan tales diferencias vinculadas más bien con las bases del estado-nación.

En la emergencia de estas nuevas identidades, las fidelidades dejan pues de articularse ya alrededor de una ciudad-centro, como afirmaba Dear al respecto del urbanismo moderno (con Chicago como paradigma, donde el centro lo organiza todo), sino de uno más bien posmoderno cuya organización comienza en la periferia³⁴ (2004): de alguna manera lo incorpora también Fuentes cuando plantea que en la zona fronteriza es el punto donde se encuentran las claves para elaborar el proyecto cultural que daría pie a una infinitud de voces que se integran a fin de construir un mosaico multicultural de diferentes tradiciones, en línea consonante con la construcción del último relato, “Río Grande, Río Bravo”. En tal relato, la articulación de voces —ese recurso tan propio en la narrativa del autor— se logra mediante la participación de varios personajes incluido el rumor del río como símbolo e icono de la región fronteriza, en tanto espacio que para los habitantes de estas áreas liminares (*in-between*) supone una convivencia cotidiana, una recuperación de la naturalidad en las relaciones de socialización al mismo tiempo que de una pérdida de relevancia de la frontera desde una postulación tácita de su naturaleza arbitraria. “La frontera como membrana permeable permite la ósmosis de campos culturales diversos. Parece paradójico y en parte lo es sostener que las fronteras están hechas para ser cruzadas. La meta es cruzarla, atravesarla, trasponer las fronteras internas o externas, ligadas a una lengua, raza, ideología o religión, porque toda frontera es, en definitiva, el punto inicial para poder acceder a otros horizontes” (Aínsa 2005: 160-161). Se está, entonces, ante una naturaleza relacional de la frontera que termina conduciendo a la conformación de estas zonas que evidencian la interacción multicultural, en última instancia, la desterritorialización, que relativiza la importancia del espacio, como lo sugiere el propio Fuentes en sus últimos relatos de *Todas las familias felices* cuando lleva a un personaje a mencionar que hay un cruce de caminos entre el punto de partida y el puerto de llegada en el cual “encontramos a la otra persona y actuamos *sobre* ella, dando rienda suelta a nuestra libertad que es siempre libertad para afectar la vida de los otros” (2006: 134): ese choque, que no es sino de tipo intercultural, es mayormente canalizado a través de la violencia y atañe a la mayor de las libertades: la de movilidad.

7. Cierre: fenomenología de las barreras

El río –Grande para unos y Bravo para otros– que delimita la frontera como frente simbólico de batalla en el que se detuvo el avance expansionista de los Estados Unidos (Arentsen 2005: 1) ha pasado a adquirir, en los últimos años, otro sustituto del que –por haber sido posteriormente parte de una política oficial de seguridad que refrena motivos concernientes a la desigualdad social y económica– no se habla en la novela: se discute más en los medios masivos. Es una frontera, sin duda, de otra naturaleza: artificial, material, más contundente, al menos, según la pretensión de los republicanos, en principio teóricamente impermeable: el muro, que históricamente se inscribe en una tradición de exclusión, de separación.

La frontera, una vez instaurada, cumple una función que necesita justificarse por el énfasis que pone en la diferencia que enmarca en sus límites. Si la frontera no establece esas diferencias tiende a ‘borrarse’, a ir desapareciendo, por lo que siempre necesita de una mínima ‘superficie de fricción’, donde la situación fronteriza establece una contigüidad que puede ser tanto de contactos privilegiados como de riesgo y enfrentamiento, de apertura y permeabilidad o de hostil aislamiento, pero en todos los casos necesita justificarse. Las fronteras necesitan ser recordadas, subrayadas con énfasis (Aínsa 2005: 156).

Se trata, bien se sabe, de una forma arbitraria y artificial de división que surge en períodos críticos de las polarizaciones ideológicas y étnicas que ha vivido la humanidad: la Gran Muralla China, el muro de Berlín, el reciente proyecto de amurallamiento en Cisjordania. Estas acciones son parte de una beligerante perspectiva política volcada a lo territorial que no toma en cuenta el punto de vista humanitario. Como dice Todorov, “[u]na entidad política no necesita fronteras, o por decirlo de otra manera, necesita diferenciar entre los que son sus ciudadanos y los que no lo son [...] No hay actividad política sin territorio delimitado respecto de otros territorios, pero no por ello esta perspectiva es incompatible con la actitud universalista y humanitaria” (2008: 274-275).

El cierre de la novela está rubricado precisamente por un relato donde la narración se alterna con una voz, semejante a los coros del teatro griego, identificable con una personalización del río. Tipográficamente se distingue por el uso de bastardillas y funciona como una presencia articuladora de la conciencia y la memoria histórica que narra la llegada de los aborígenes, de los españoles y de los gringos (González 1999: 17) hasta remozarse con los conflictos que conlleva la inmigración reciente. Esta narración, por lo demás, termina realizando una estilización de la frontera “como una cicatriz [que se extiende] sobre un espacio que es el territorio geográfico y colectivo pero que también es el espacio individual de los cuerpos y las mentes de sus personajes que encarnan el ‘ser mexicano’” (Arentsen 2005: 1) que es, a pesar de todo, la perspectiva desde la que se narra y con la que se establece mayor afinidad.

Las disquisiciones en torno a este elemento natural personificado incitan al cuestionamiento y a la meditación de lo que, en calidad de personaje literario, es capaz de atestiguar durante años –o incluso siglos–: el paso cotidiano y la continuidad de enfrentamientos limítrofes así como de un flujo que nada, ni siquiera la misma dimensión o fiereza –con que se le ha referido por ambos lados– podría detener³⁵. Un río, evidentemente no –así ha dado cuenta la historia–, pero un muro casi con toda probabilidad –como lo ha corroborado también la historia en repetidas ocasiones– tampoco.

Notas

1. En este sentido, habría que documentar también el movimiento contrario –no abordado aquí por Fuentes–: la migración –pero solo *temporal*– de cierta población a otros espacios ubicados geográficamente en el llamado Tercer Mundo bajo la forma del turismo. Anteriormente el turismo había funcionado o prestado sus servicios como una manera de actualización donde alemanes, estadounidenses, japoneses, venían a arribar a las tierras consideradas exóticas para satisfacer sus necesidades de recreo y esparcimiento, pero es de un tipo de inmigración sin migración porque de lo que se trata es solo de un cambio de escenario de las condiciones de vida occidental bajo una prolongación de las formas burguesas de ocio, que en ocasiones rayan en la suntuosidad. Michel Houellebecq, el *enfant terrible* de la literatura francesa contemporánea, había trabajado esta idea desde su provocadora novela *Plataforma* (2001), aunque ambientada en otro paraíso –esta vez sexual, Tailandia–. En cualquier caso, se actúa a sabiendas de que hay una frontera establecida entre lo que se podría tipificar como los sibaritas y los sirvientes, donde el concepto de territorialidad se ve afectado de manera inversa, pues los que cuentan con solvencia adquisitiva viajan al territorio de los dependientes para proceder al desborde –personal, hedonista y en ocasiones hasta ilegal– que sus lugares de origen les obstruyen, de manera que éstos no se conviertan en un problema social en naciones altamente industrializadas.
2. Ligado muchas veces a unas condiciones políticas adversas, pero distinto al éxodo migracional que por situaciones básicamente dictatoriales fue tan frecuente en muchos países occidentales a lo largo de la segunda mitad del siglo XX.
3. Para el año 2000, según cálculos estimados, 180 millones de personas residían en un país distinto al de su origen (Hernández Milián y Lizano Picado 2008: 37).
4. Aun cuando se enamora del personaje que titula la novela homónima de Joseph Conrad (1900), en el que los ideales del deber y del honor entran sintomáticamente en conflicto con la moral utilitaria de las sociedades contemporáneas.
5. Así lo reconoce Leonardo Barroso en un discurso que navega entre dos aguas que no son incompatibles entre sí: el cinismo y el convencimiento: se envanecía sobre la suerte, como un dios magnánimo, de sus criaturas, que no sólo las liberaba del rancho, de la prostitución y del machismo en tanto venía a insertárseles en un sistema democrático que les garantizaba independencia y modernización, “estas trabajadoras [...] se integraban a un crecimiento económico dinámico, en vez de vivir deprimidas en el estancamiento agrario de México” (1997: 144).
6. Ahora bien, Smith considera que esta reactivación de las economías en las zonas fronterizas es parte de una tergiversación o malentendido de la emigración con el desarrollo económico, puesto que según cálculos realistas, “[e]l incremento demográfico y de la fuerza laboral rebasará por mucho la creación de empleos en el futuro predecible” (2000: 297).
7. Aparentemente ajenos a la realidad ficcional como recurso de verosimilitud.
8. Que Marshall amplía a otras dimensiones que abarcaban no solo lo político, sino lo social y lo civil (en Yúdice 2002: 204). “La transacción se mantuvo mientras el Estado suministró un contexto estable para el crecimiento económico, particularmente en las décadas de 1950 y 1960. Pero la transición a un régimen posfordista bajo la hegemonía de las empresas multinacionales y globales exacerbó las tensiones subyacentes y condujo a la atención concomitante de reorganizar los contextos institucionales que sustentaban los derechos de la ciudadanía en sus tres dimensiones” (Yúdice 2002: 204).

9. Los estudios urbanos reconocen ahora como el agente económico más dinámico a los procesos informacionales y financieros (García Canclini 1995: 70): en ese sentido, el mexicano Guillermo Orozco llega a plantear la existencia de una nueva categoría de tipificación como la de *inforricos* e *infopobres* (1997) de acuerdo con las flamantes posibilidades que ofrece el nuevo entorno tecnológico-comunicacional, eso sí, sin perder la dependencia –aunque no dejen de suponer una necesaria correlación– con la capacidad adquisitiva de sus usuarios.
10. Bajo salviedades como una de las premisas básicas del antropólogo García Canclini, esto es, que la descomposición de la política y el descreimiento generalizado en sus instituciones conduce al fortalecimiento de otros modos de participación, como el consumo privado (1995: 13), aunque tampoco el peso de aquellas llega a negar del todo los sistemas tradicionales de ejercicio de la civilidad.
11. Prototipo que se ha convertido, por cierto, en *leit-motiv* antagónico a lo largo de otros trabajos narrativos del mismo escritor.
12. El replanteamiento de políticas migracionales también supone una nueva planificación de las urgencias laborales. Otra forma de esta índole que la novela no aborda pero que la vida social revela como una modalidad de trabajo reciente cada vez más naturalizada es la que implica una suerte de *frontera telemática* en los llamados *call-centers* o centros de servicio al cliente. Estos espacios de exclusión, de invisibilización, de anonimato se viven actualmente incluso en algunos países como una reciente opción profesional para quienes ingresan a trabajar como intérpretes. Configurados como lo que Marc Augè llamaba los *no-lugares* (2000), ahí solo importa una voz sin rostro que ofrezca un servicio de intermediación interpretativa decididamente impersonal pues ponen en escena espacios donde “no hay identidad singular ni relación sino soledad y similitud [y sólo...] reinan la actualidad y la urgencia del momento presente” (2000:107). En este caso, la frontera se actualiza en una señal telefónica que permite obtener beneficios de un desconocido sin que llegue a convertirse en un problema presencial de mano de obra desplazada en sus países de residencia. Se trata de una forma de sustento a raíz del servicio anodino a sus distantes amos desde sus propios países, con lo que estos empleados se convierten en exiliados enajenados laborales que perciben unas ganancias que satisfacen primordialmente las necesidades de los primeros. La utilidad concreta para sus entornos no pasa más allá de ser una endeble y frágil forma de sobrevivencia personal que les permite a su vez entrar en procesos de consumo establecidos o diseñados desde los grandes consorcios comerciales.
13. Como Lisandro o Fortunato hijo, el cual, a pesar de las condiciones legales en Estados Unidos, se considera trabajador y no ciudadano, bajo el entendido de que su deportación corre a capricho de sus patrones (Fuentes 1997: 248).
14. Aunque lo inverso no significa una automática concesión de derechos: basta recordar los disturbios durante finales de octubre y noviembre de 2005 en varios puntos de la República Francesa. El procurador general de París comunicó que entre los detenidos por acciones violentas, el 63% eran menores y el 87% de nacionalidad francesa, sin rastros de reivindicación identitaria o recuperación político-religiosa (Todorov 2008: 140). Lejos del detonante inicial –la muerte de dos jóvenes musulmanes de origen africano mientras escapaban de la policía–, las acciones sucesivas fueron resultado de un sentir contrario a una política de exclusión social. Estos actores sociales sufren, como señala el teórico búlgaro, la desculturación: padres ausentes y/o humillados y/o sin prestigio, sentimientos de exclusión social, privación de un marco en el que interiorizar la vida en común, que, sumado a una identidad anterior dónde colocar su lugar personal, se inclinan por la violencia y la destrucción del marco social donde viven (Todorov 2008: 141).
15. Que se articula al transporte, a las comunicaciones, a la iniciativa empresarial, al ahorro y a las actividades de servicio (los servicios de viaje con coyotaje incluido, la transferencia de remesas,

las encomiendas y otros movimientos básicos para la reproducción misma del grupo social a nivel transnacional (Hernández Milián y Lizano Picado 2008: 44).

16. La oposición entre los paradigmas culturales mexicano y estadounidense es más evidente o transparente en la disimilitud de las tradiciones que las originaron. En este caso, encuentran su *legitimidad* en el *Destino Manifiesto*, “dictado por el Dios protestante a su nueva Raza Elegida para someter a una raza inferior, una república anárquica, una caricatura de nación que le debe dinero a todo el mundo, con un ejército de caricatura, con sólo la mitad de los cuarenta mil hombres que dice tener, y esos veinte mil, casi todos, indios bajados de la sierra a tamborazos, soldados de la leva, armados con mosquetas inglesas inservibles; vestidos con uniformes harapientos” (Fuentes 1997: 283): independientemente de la procedencia de sus ancestros, así lo alegoriza el mencionado Dan Polonsky, cuyos abuelos provenían de una zona muy alejada del continente pero cuya tez blanca encuentra sintonía con los postulados del lugar de acogida, pero se dedica a arrestar ilegales a los que reconoce y odia básicamente por su color de piel. Juicios parecidos de racialización sustenta Miss Amy, por cierto, de origen francés. En ese sentido, Peter Wade afirma que “el racismo en América Latina no presenta la misma relevancia que, por ejemplo, en los Estados Unidos, donde los patrones de segregación son bien conocidos. Sin embargo, los contrastes entre estas dos regiones no invalidan las asentadas diferencias o desigualdades asociadas con diferencias biológicas o ‘culturales’ presentes en América Latina” (en Sandoval 2006: 8). La situación pierde claridad en la situación de Luis María Pérez, tras una trifulca, denunciado por sus propios paisanos. Pero ajeno a un contexto de presión al que se someten los migrantes en sus condiciones de supervivencia, son harto conocidas las rivalidades que se suscitan en el seno de pueblos fronterizos que emanan de una serie de tradiciones culturales, étnicas e históricas compartidas –como es el caso de Costa Rica y Nicaragua, Colombia y Venezuela, República Dominicana y Haití, entre otros–.
17. En situaciones como esta, donde hay una proveniencia común de origen marginal, hechos de este tipo aumentan las magnitudes de incompreensión y arbitrariedad, pues como apreciaba otro personaje de otras latitudes cercanas, Ti Noel, al respecto de la tendencia cíclica a dominar a costa de todo una vez que ha pasado el período de colonización francesa en *El reino de este mundo*: “Andando, andando, de arriba abajo y de abajo arriba, el negro comenzó a pensar que las orquestas de cámara de Sans-Souci, el Fausto de los uniformes y las estatuas de blancas desnudas que se calentaban al sol sobre sus zócalos d almocárabes, entre los bojes tallados de los canteros, se debían a una esclavitud tan abominable como la que había conocido en la hacienda de Monsieur Lenormand de Mezy. Peor aun, puesto que había una infinita miseria en lo de verse apaleado por un negro, tan negro como uno, tan belfudo y pelicrespo, tan narizñato como uno; tan igual, tan mal nacido, tan marcado a hierro, posiblemente, como uno” (1975: 87): como ya lo había sintetizado Plauto bajo su célebre máxima, *homo homini lupus*.
18. En ese sentido, el despojo al que alude el cuento homónimo aplica un doble sentido: despojo del territorio norte de México y despojo del nombre, que subsume al resto de América Latina en el ponderado conflicto identitario. Los medios, a ese respecto, han impulsado –erróneamente– el uso del gentilicio *hispanos* (que excluiría a las antiguas colonias no españolas) o *latinos* (que tras su *apocopación* excluiría justamente a los países americanos). Por contrapartida, el otro gentilicio designado para nombrar a los vecinos –*norteamericanos*– utilizado en momentos puntuales de la novela por personajes como el secretario Reich evidencia también su carácter inoperante por cuanto inserta un criterio geográfico que no es exclusivo a la zona ocupada por los Estados Unidos.
19. La novela no las privilegia, pero tampoco abunda en ellas, como las que, en una justificación de programas laborales como el mencionado bracero, derivan de una suerte de determinismo biológico: “Ustedes no fueron hechos para trabajar en fábricas. Mírense. Son bajitos. Están cerca de la tierra. Agáchense, recojan frutas y verduras. Para eso los hizo Dios” (Fuentes 1997: 246).

20. Con la salvedad, por supuesto, de que tomar la expresión bajo un sentido literal implicaría incurrir en un inaceptable error histórico, puesto que se estaría partiendo, previo a la colonización inglesa, de la ausencia de comunidades indígenas en la actual región de Estados Unidos que fueron sometidas al exterminio o al desplazamiento/confinamiento en reservas con carácter prácticamente folclórico. Por orden de arribo se entiende, más precisamente, al acto colonial llevado a cabo en el poblamiento por inmigrantes.
21. Esta confrontación cultural se produce en situaciones que supongan una superación de límites, al respecto de lo cual Fernando Aínsa acota que “es evidente que la frontera puede consagrar en forma maniquea divisiones, la fe, el dogma y las creencias que encierra y controla en su perímetro, desterrando interrogantes y dudas, condenando influencias y fecundaciones mutuas. Son las fronteras de naciones y patrias, las fronteras de religión, partido, sexo o clase social, las barreras que se levantan para proteger lo sagrado, la verdad y el absoluto de herejías, heterodoxias y disidencias. Son las barreras consagradas por el miedo a todo lo que se ignora del ‘otro’” (2005: 152).
22. Por cierto que su obra pictórica –indisoluble a una vida plena de arrebatos y ardores– ha terminado –sobre todo en los últimos tiempos que fomentan una práctica feminista entendida como beligerante a la vez que combinada con explotación mediática– por eclipsar prácticamente a la de su compañero, el no menos reconocido muralista Diego Rivera.
23. La composición pictórica de este autorretrato es altamente reveladora y atinente a estas reflexiones sobre la frontera entre México y Estados Unidos. Icónicamente es una apelación a dos tradiciones culturales contrapuestas con difíciles posibilidades de reconciliación. El cuadro se organiza a manera de un díptico de confrontación visual. Claramente se encuentra escindido en dos espacios geográficos opuestos: por una parte, México es tierra prístina y natural; por otra, los Estados Unidos es el imperio de la industria humana y despersonalizada. Las edificaciones mexicanas son monumentos prehispánicos muy ligados a las creencias de una etnia, mientras que el espacio de los Estados Unidos está plagado de industrias y rascacielos al servicio de la producción mercantil. La idea del cuadro apunta por un lado al pasado mitológico, a la riqueza indígena, al panteísmo de un México precolonial (y ciertamente sometido a la sublimación) que la artista ubica al lado del corazón, a la izquierda del espectador, de sabidas evocaciones ideológicas. Aún el espacio aéreo es diferente: en el horizonte mexicano se aprecian el sol y la luna, en el estadounidense no hay posibilidad de divisar más que una bandera rodeada de gases contaminantes, como símbolo de la preeminencia de una nación abocada a la producción. Las representaciones antropomórficas son diametralmente distintas: las figuras en el espacio mexicano representan seres humanos o calaveras; mientras que los Estados Unidos está poblado de máquinas antropomórficas. En las entrañas de la tierra se verifica una mutación de las fuentes mismas de la generación de la vida. En suelo norteamericano se clavan cables eléctricos, para germinar en México en plantas: mostrando así la capacidad germinadora de ese espacio. O bien la lectura contraria: las plantas mueren en la geografía estadounidense. Por último, el sitio de la misma pintora es significativo, pues se posiciona exactamente en la misma línea fronteriza, con lo cual se evidencia aún más la naturaleza escindida de esta zona geográfica.
24. Este recurso icónico ha sido ampliamente utilizado para visualizar la identidad latinoamericana frente a la alteridad amenazante, como permite recordar el enfrentamiento Ariel y Calibán en la obra de José Enrique Rodó.
25. Bandas de sicarios de facciones rivales en plena disputa de territorio que involucra a pequeños traficantes (*narcomenudistas*), la policía y el ejército, se han venido enzarzando en una ola de violencia extrema que probablemente superará los 4.200 asesinados por encargo en 2008. Solo en Tijuana, 250 personas fueron asesinadas en dos meses a causa de esta guerra entre carteles de narcotraficantes, que por su parte ha generado el éxodo de las familias de empresarios a Estados Unidos (Ordaz 16/11/08). Recientemente, el periodista vasco Jon Sistiaga produjo un gran reportaje

–titulado *Narcoméxico*– que se difundió en la cadena española *Cuatro* a finales de diciembre de 2008 e inicios de enero de 2009, en donde se afirmó que en el año que acababa de finalizar fueron más de 5000 las víctimas del narcotráfico. Estos datos revelan la magnitud del problema que se suma a los problemas culturales y sociales de la zona fronteriza (Kasiyas 2009).

26. Aparte de su participación, por ejemplo, en otro tipo de proyectos más allá de los musicales como el filme *La misma luna* (2008) de Patricia Riggen que integra el tema de la inmigración mexicana desde un tratamiento melodramático y hasta frívolo, *Los Tigres del Norte* han compuesto otras canciones que abordan directamente este fenómeno desde una perspectiva crítica con respecto a las malas condiciones de vida del ciudadano mexicano no sólo al otro lado de la frontera, sino también en su propio país, como el sujeto narrativo de “La tumba del mojado” (1976) el cual se siente extraño por ver su tierra dominada por extranjeros. En la misma tesitura, hay otra sintomática pieza, “La jaula de oro” (1983), referida a un mexicano que aun con diez años de haberse establecido en los Estados Unidos, vive temeroso de la deportación, pero esos orígenes que él mantiene idealizados para sus hijos no significan nada –incluso los desprecian, semejante a los de Emiliano Barroso–.
27. En mayo de 2007 la fracción del Partido de la Revolución Democrática (PRD) planteó la necesidad de una campaña que regule la difusión de los narcocorridos. César Flores Maldonado, coordinador del Área Jurisdiccional del PRD en la Cámara de los Diputados, pidió “que se apliquen las normas jurídicas que regulan los contenidos generales de la radio y televisión en el país y se generen las políticas necesarias encaminadas a dar cumplimiento a la legislación” porque los narcotraficantes se convierten en “personajes épicos, triunfadores y merecedores de su perpetuación” (*El economista* 27/05/07).
28. Por cierto que, dentro de este desfile de personajes femeninos, Fuentes se permite introducir también a Ruby, la autonominada *prometida* de José Donoso. Aparte de ser uno de los guiños literarios, esta vez referido a la novela *Donde van a morir los elefantes* (1993) del autor chileno –en la que se describe los Estados Unidos como el cementerio de los escritores latinoamericanos en decadencia–, es significativo que la intertextualidad lleve a Fuentes a incluir una mujer –la última, la del postre– que reivindica su gordura (*Fat Liberation Movement*) y al mismo tiempo constitutiva de la inmigración latinoamericana, que lo mismo participa de los excesos alimentarios que desde finales del siglo pasado caracterizan al vecino del norte y ostentan sus efectos en sus dimensiones, popularizadas en la plástica boteriana.
29. Esta apreciación, si bien crítica, es susceptible despertar connotaciones eventuales. Podría, paradójicamente, evocar el ideario admitido por casi la totalidad de los estadounidenses de entonces (y quizá de hoy), el cual, en última instancia, respaldaba la doctrina del *Destino Manifiesto*, procedente del pensamiento puritano del siglo XVII, que llegaría a popularizarse para la década en que tuvo lugar el conflicto fronterizo. La doctrina, en suma, justificaba la apropiación de territorios de los cuales otros pueblos no obtenían provecho (monetario, se entiende). Pero el matiz de que el protagonista y su acompañante renieguen de los productos estadounidenses, tirándolos por el desierto, y regresen desnudos a su país apunta a un soberanismo si bien radical, legítimo.
30. Considerando la naturaleza paradójica de la frontera en tanto espacio que revela una voluntad no arbitraria, esto es, en tanto límite de expresión de una fuerza que termina cuando se frena el avance expansionista, es decir, cuando llega hasta el punto donde se enfrenta con otra manifestación de poder semejante (Aínsa 2005: 154-155).
31. Phil Cohen, citado por Sandoval, puntualiza que “la territorialidad es el proceso a través del cual límites espaciales son utilizados para significar fronteras entre grupos. De hecho, el pánico moral articulado alrededor de grupos excluidos está relacionado con ideas sobre la santidad del territorio y el miedo a la transgresión” (2006: 28).

32. Antes que asimilaciones al lugar de acogida las cuales suponen la absorción mecánica e indiscriminada, la negociación fracasada de elementos identitarios.
33. Por contraste con la de otros personajes como Dan Polonsky, que, como ya se ha dicho, pese a sus antepasados inmigrantes europeos que también fueron “mal recibidos, discriminados, tratados como basura” (Fuentes 1997: 252), se ha asimilado por completo a una región y a la intolerancia que la caracteriza: su postura ideológica alcanza tintes de radicalidad hasta el punto de trabajar como policía fronterizo que trata de imponer una regla de exclusión o separaciones culturales cuando él mismo es fruto de la hibridación. Esta posición es reelaborada bajo otros matices en la misma Margarita Barroso, cuya ansiada asimilación hace que reniegue de sus orígenes: “no quería ser vista como mexicana, ni como chicana, ella era gringa, vivía en El Paso, le decían Margarita en Chihuahua, pero en Texas era Margie, desde la escuela en El Paso le decían, oye, tú eres blanca, no te dejes llamar Margarita, hazte llamar Margie y pasa por blanca, ni quién se entere: no hables español, no dejes que te traten de mexicana, pocha o chicana” (Fuentes 1997: 258). Son posiciones culturales insostenibles porque implican una disyuntiva cuando la zona limítrofe invita a la conciliación y mezcla de tradiciones. En síntesis, ambos paradigmas de personajes se interesan por recalcar, pese a sus orígenes híbridos, diferencias asentadas en el concepto nación.
34. El mismo Dear considera muestra de este nuevo patrón de organización urbana la región fronteriza en el ángulo sudoeste de los Estados Unidos. Para él, “[e]sta enorme aglomeración de gente y actividades no tiene nombre. Se lo menciona usualmente con los nombre de sus piezas constitutivas: Tijuana, Rosarito, Tecate, Ensenada; San Diego, Los Angeles, San Diego, Santa Barbara, Inland Empire, Palm Springs, y tantos otros. Pero yo llamo a esta a esta aglomeración la BAJALTA CALIFORNIA, porque es **una ciudad-región singular e integrada, a la que simplemente le ocurre que cabalga sobre una frontera internacional**” (Dear 2004: 1).
35. “La frontera más cerrada y controlada no puede controlar las relaciones de vecindad que toda línea instaure entre los lados que separa” (Aínsa 2005: 158).

Bibliografía

- Aínsa, Fernando. 2005. *Espacio literario y fronteras de la identidad*. San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Ardèvol, Elisenda y Nora Muntañola (coords). 2004. *Representación y cultura audiovisual en la sociedad contemporánea*. Barcelona: UOC.
- Arentsen, María Fernanda. 2005. “Fronteras, violencia y exclusión en *La frontera de cristal* de Carlos Fuentes”. XLI Congreso de la Asociación Canadiense de Hispanistas, http://www.ach.lit.ulaval.ca/Congreso_abierto/2005/Maria_Fernanda_Arentsen.htm. Consulta: mayo 2007.
- Augé, Marc. 2000. *Los no lugares: espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Bolaño, Roberto. 2002. 2666. Barcelona: Anagrama.

- Bowden, Charles. 2007. "Nuestro muro". *National Geographic en español*. 20 (5) mayo: 2- 25.
- Carpentier, Alejo. 1975. *El reino de este mundo*. 7ª ed. Montevideo: Arca.
- Cavallini, Leda y Carolina Sanabria. 1998. "La frontera trashumante de los cristales". En: Cortés, Chaverri y Chavarría (eds.), 183-203.
- Cortés, María Lourdes; Amalia Chaverri y Gabriela Chavarría (eds.). 1998. *Fronteras e identidades*. San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Dear, Michael. 2004. "Ciudades postfronterizas/ ¿mundo postfronterizo? El surgimiento de la Bajalta California". En: *El café de las ciudades*. 3 (24) octubre. http://www.cafedelasciudades.com.ar/tendencias_24.htm. Consulta: mayo 2008.
2007. "La tercera nación". *National Geographic en español*. 20 (5) mayo: s. p.
- Donoso, José. 1995. *Donde van a morir los elefantes*. México: Alfaguara.
- El Economista*. 2007. "PRD se lanza contra los narco-corridos". En: *El economista.com.mx*, <http://eleconomista.com.mx/node/30413>. Consulta: diciembre 2008.
- Fuentes, Carlos. 2006. *Todas las familias felices*. Argentina: Alfaguara.
1989. *Gringo viejo*. México: Fondo de Cultura Económica.
1997. *La frontera de cristal*. México: Alfaguara.
- García Canclini, Néstor. 1995. *Ciudadanos y consumidores. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo.
- Garza, María Luisa de la. 2005. *Ni aquí ni allá. El inmigrante en los corridos y en otras canciones populares*. Cádiz: Fundación Municipal de Cultura.
- González, Alfonso. 1999. "La intensificación de la problemática de la frontera político cultural en *La frontera de cristal* de Carlos Fuentes y *Columbus* de Ignacio Solares". *Dialnet, Universidad de La Rioja*. <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=135023>. Consulta: julio 2008.
- González Romo, Blanca Estela. s.f. "La frontera de cristal, denuncia a través de la ironía". *Revista Primavera*. http://www.chi.itesm.mx/investigacion/volumen%202/bgonzalez_Vol2.pdf. Consulta: abril 2008.

- Hernández Milián, Jairo y Ana Cristina Lizano Picado. 2008. *América Latina y la segunda administración Bush: un debate sobre migración*. San José, Costa Rica: FLACSO.
- Houellebecq, Michel. 2002. *Plataforma*. Barcelona: Anagrama.
- Kasiyas, Otháner. 2009. "Narcoméxico, la alfombra roja de los muertos". *Crítica Pura*. <http://criticapura.com/2009/01/narcomexico-la-alfombra-roja-de-los-muertos>. Consulta: enero 2009.
- Lara, Eric. 2004. "Teoría de las representaciones sociales: Y otros también del gobierno... objetivación que sobre el gobierno mexicano se produce en la lírica de los narcocorridos". *Nómadas. Revista de Ciencias Sociales y Jurídicas*. 9 enero-junio, <http://www.ucm.es/info/nomadas/9/elara.htm>. Consulta: noviembre 2008.
- Maalouf, Amin. *Identidades asesinas*. 1999. Madrid: Alianza.
- Michaelsen, Scott y David E. Johnson (comps.). 2003. *Teoría de la frontera. Los límites de la política cultural*. Barcelona: Gedisa.
- Ordaz, Pablo. 2008. "Tijuana o la muerte sin fin". *El País, Internacional*: 4-5, 16/11.
- Orozco, Guillermo. 1997. *La investigación de la comunicación dentro y fuera de América Latina*. Argentina: Ediciones de Periodismo y Comunicación.
- Rodrigo Alsina, Miquel. 1999. *La comunicación intercultural*. Barcelona: Anthropos.
- Rojas Mix, Miguel. 1992. *América imaginaria*. Barcelona: Lumen.
- Sanabria, Carolina. 2002. "Fronteras de cristal e identidades de papel: la sociedad diaspórica en los cuentos de Carlos Fuentes". *Káñina, Revista de Artes y Letras de la Universidad de Costa Rica*. 26 (2): 63-71.
- Sandoval García, Carlos. 2006. *Otros amenazantes: los nicaragüenses y la formación de identidades nacionales en Costa Rica*. San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Smith, Robert. 2000. "Dilemas y perspectivas del sistema migratorio de América del Norte". *Banco Nacional de Comercio Exterior*. 50 (4) abril: 289-304.
- Todorov, Tzvetan. 1991. *Nosotros y los otros*. México: Siglo XXI.
2008. *El miedo a los bárbaros*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Todorov, Tzvetan y otros. 1988. *Cruce de culturas y mestizaje cultural*. Madrid: Júcar.

Wald, Elijah. 2001. *Narcocorrido. Un viaje al mundo de la música de las drogas, armas y guerrilleros*. Estados Unidos: Rayo.

Yúdice, George. 2002. *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global*. Barcelona: Gedisa.